

EDITORIAL

CENTENARIO DE AGUSTIN F. CUENCA

ESTAMOS aún en deuda con la memoria de un escritor mexicano a quien se debió honrar públicamente, con motivo del primer centenario de su nacimiento que acaba de cumplirse: Agustín F. Cuenca.

Este centenario pasó casi inadvertido, fuera de la cátedra de Literatura Iberoamericana, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, donde se habló de la obra lírica de Cuenca y se resumió su vida, al estudiar la alborada del Modernismo en nuestra literatura.

Hace dos años, al conmemorarse el primer centenario del nacimiento de Manuel Acuña, se recordó al poeta del "Nocturno", y se escribió sobre el segundo Romantismo mexicano, dentro del cual se sitúa este poeta.

La conmemoración del centenario de Cuenca pudo servir para evocar aquel incierto amanecer del Modernismo en México, que él anunció realmente —aunque no

tuviera el propósito de darle trascendencia de símbolo—, con su poesía “La mañana”.

*

Acuña y Cuenca pasean juntos, como buenos camaradas, por los senderos de la lírica mexicana. En la obra literaria de uno y otro, existen varios puntos de contacto, ya que ambos partieron del Romanticismo.

Si Acuña murió dentro de la apasionada escuela romántica y Cuenca presintió el advenimiento de lo que llegaría después, fue no sólo por razones de sensibilidad sino porque era favorable al segundo un factor: el tiempo.

Tanto Acuña como Cuenca se sintieron atraídos por el teatro; y no por el teatro en verso, que cultivarían aún, más tarde, algunos románticos rezagados y que cultivaba entonces José Peón Contreras, sino por el drama en prosa, como lo escribían Tamayo y López de Ayala, según orientaciones francesas.

Mas Cuenca y Acuña fueron autores de teatro en una sola ocasión. Cada uno escribió su página dramática, teñida con las inevitables tintas románticas: más acentuadas, quizás, en la desesperación del protagonista de *El pasado*, de Acuña, que en los personajes de *La cadena de hierro*, de Cuenca, donde la razón se impone ya a los sentimientos, según correspondía a un post-romántico.

La inconformidad de Cuenca, su disgusto ante la repetición de imágenes y rimas empleadas por todos los poetas de habla española en aquel tiempo, se había manifestado antes, en algunos versos aislados. Era algo así como el malestar que debe producir en el intérprete, ante un público fatigado, la reiteración de los gestos y actitudes de quienes le han precedido.

Por esa razón, sin duda, Cuenca —lo mismo que el maestro Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera, sus compañeros en la tarea innovadora— se abstiene de publicar un volumen de versos que tenía ya escrito. Publica, en cambio, la biografía de Angela Peralta y el drama *La cadena de hierro*.

Con el título de *Poemas selectos*, las poesías de Cuenca fueron incluidas, hace tres décadas, en la Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos, con prólogo de Manuel Toussaint, quien advirtió que allí preludiaba la música de Manuel Gutiérrez Nájera.

En la última década, la crítica ha situado a Cuenca en el lugar que le corresponde, entre los precursores del movimiento modernista hispanoamericano, inmediatamente después de Justo Sierra y antes de Gutiérrez Nájera, que le dedicó una de sus poesías en serventesios: "Valleto y Cía."

Cuenca, a su vez, dedicó un poema, que anuncia el modernismo de Gutiérrez Nájera y de Rubén Darío —el Darío de la Hélade versallesca, presentida a través de los franceses—, a la esposa del indudable precursor en la renovación de la prosa: José Martí, el gran cubano, cuya transformación lírica se definió en México, allá por 1875.

De ese modo, la breve labor lírica de Agustín F. Cuenca enlaza los nombres de quienes emprendieron, en el último cuarto del siglo anterior al presente, la transformación de la prosa y el verso —con Julián del Casal y José Asunción Silva—, que Rubén Darío llevaría después, de América a España, como realizador del movimiento modernista.

*

Este primer centenario del nacimiento de Cuenca pasó casi inadvertido, según convenía a un hombre discreto, sin actitudes teatrales, como aquel silencioso revolucionario de la lírica.

Esperemos que el centenario de su muerte, que se cumplirá dentro de treinta y tres años, lo encuentre definitivamente instalado entre Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera, y tenga resonancia mayor, al conmemorarse con un acto público digno del poeta y —lo que más importa— con la edición, digna también, de sus obras completas.

F. M.